



«Paisaje de Castilla», cuadro de Carlos Casado



«Muelle donostiarra», cuadro de Carlos Sanromá

LA SEMANA ARTISTICA

EL SALON DE OTOÑO.-SOROLLA Y BENLLIURE.-LA SECCION DE PINTURA: PAISAJISTAS Y RETRATISTAS.-LOS INTIMISTAS

EXCELENTE idea ha sido la de la Asociación de Pintores y Escultores al dedicar las dos salas que habitualmente consagra dicha entidad en sus Salones de Otoño a un gran artista fallecido y a otro viviente, a figuras del relieve ya histórico en la evolución de nuestro arte moderno, como Joaquín Sorolla y Mariano Benlliure.

La A. P. E. da buen pretexto a la reiteración del tributo pretérito y a la insinuación del venidero con las dos salas especiales.

La de Sorolla cumple, desde luego, la eficaz lección de las miradas retrospectivas. No faltan cuadros de la última época. Claras y simples armonías de grises y blancos, finezas de una rosada gracia y como juegos maravillosos del gran temperamento pictórico sobrepasada su plenitud. Pero con ser tan atractivos estos ejemplos de un Sorolla, después de la magna realización naturalística de los temas de playa y mar levantinos, con figurar en tal género de obras retratos cuales los de Amalio Gimeno y Benlliure Arana, nos atrae el interés no marchito ni opaco de las obras juveniles, los retratos de hace cuarenta años, patinados ya por el tiempo con un melancólico prestigio museal. Cuadros como el retrato de don Silverio de la Torre, que es un prodigio de pintura y de vida, o como los de don Félix de la Torre y su esposa, que—menos reveladores de la poderosa mano y la singular retina del futuro maestro—contienen, sin embargo, condiciones excelentes.

La Sala de Benlliure es también una grata indiscreción para el público, aunque no lo sea para quienes frecuenten el estudio del ilustre escultor. No tiene empaque exhibicionista, sino algo de confidencia íntima. Se trajeron a ella lienzos donde el escultor demuestra positiva capacidad pictórica: retratos de muchachas, un episodio taurino. En aquéllos, la firmeza constructiva, no exenta de gracioso ritmo, que constituye el rasgo característico de los dibujos benlliurescos, y una fina predilección por las gamas grises, que luego habla de llevar a sus cerámicas y mayólicas. En el lienzo taurino—*La vara*—agita color y

formas de muchedumbre como fondo de un tema que reiteradas veces había de interpretar en el bronce y el mármol. Y ello de manera suelta, ágil, con indudable certeza de visión cromática.

Por lo que se refiere a las obras escultóricas, también se conserva ese tono confidencial, ese buen deseo de no hablar en presente, sino de evocar horas y testimonios de ayer, desposeídos de toda codicia actual: las placas de cerámica *Las cuatro estaciones* y *La Sagrada Familia*; *La bailaora*, unos cuantos barros cocidos, algún busto de mujer, algún bronce... Todas estas confidencias plásticas hablan del Benlliure orfebre

y ceramista, que se complace en cincelar deliciosos caprichos, modelar tiernas carnes infantiles y arrancar al secreto de la mufla alegres y afables sonrisas tonales.

No hay en el Salón de Otoño demasiados paisajes. Aparece contenida la desbordante prodigalidad de otras veces. O, al menos, la excelente distribución que este año—gracias a Enrique Estévez Ortega, Ramón Pulido y algún otro—tienen las Salas, únicamente parecen visibles y destacados los que merecen serlo y dejan en piadoso olvido a los innecesarios de ver.

Recuerdo complacido el dorado sortilegio de *La revuelta*, nueva y rotunda estrofa que Joaquín Mir añade a su gran poema pictural del Ebro; *Un pávamo* y *Aldea solitaria*, de Marceliano Santa María, saturados, henchidos de esa perenne riqueza visual y sentimental que revela el arte de este gran pintor castellano, y que marca precisamente ahora y en estos temas paisistas un resurgimiento fresco y espontáneo de nueva juventud: *Mirando al valle*, de Puig Perucho, emocionado de esa honda serenidad contemplativa peculiar de este admirable paisajista catalán; los cuadros de Luis Rubio Verano Aguirre, a quien habría sido laudable consagrar una Sala especial y a quien la A. P. E. debe el homenaje de una Exposición póstuma.

Arboles, diáfana, grata composición de Vicente Albarranch; *Caserío*, de Evaristo Valle, que, como todos los lienzos de este maestro asturiano, está impregnado de la atmósfera de su tierra natal y dice siempre algo nuevo con acento profundamente personal; los paisajes tinerfeños de Juan Ismael, revelación de un pintor de indudable mérito; *Un arroyo en el monte*, página de austera y noble elocuencia clásica, de Moreno Carbonero; las notas delicadas, de generoso señorío espiritual y cromático, de Mariano Sancho; *Casa vieja*, de Carlos Dal-Re, donde se aprecia cómo este artista apasionado de la luz vibrante, de la materia rica, avanza cada día más seguro de sí mismo; *Puerto de Barcelona* y *Arrabal*, de Rodríguez Puig, tan sabrosas de calidades;

Los Batanes, vigorosa composición, resuelta con brío, de Ramón Pulido; *La plaza de la Concordia*—sencillo y sobrio luminismo—, de Gómez Jaramillo; *Paisaje de Castilla* y *El rebaño*, de Carlos Casado, que hacen pensar en un Cristóbal Ruiz sombrío y pesimista; *Madrid desde la Casa de Campo*, de Cobo Barquera, que ratifica el estilo, independiente y seguro, de este joven pintor llamado a tener legítimos ecos; *Vieja calle de Segovia*, de Emilio García Martínez, suavemente acordada.

Los lienzos de figura abundan. Y de ellos, los retratos. Marcan, más aún que los



«Mantillas blancas», por Pedro Antonio



«Rosa la gitana», por Ramón Casarzo